

CRONICAS

EL SENTIDO CRISTIANO DE LA HISTORIA

(CONGRESO, EN LAUSANNE, DE LA OFICINA INTERNACIONAL DE LAS OBRAS DE FORMACION CIVICA Y DE ACCION CULTURAL SEGUN EL DERECHO NATURAL Y CRISTIANO)

Los días 5, 6 y 7 de abril se celebró en Lausanne (Suiza) el V Congreso de esta Organización. Los anteriores tuvieron lugar: el primero, en Sion (Le Balais), y los tres siguientes, igualmente, en Lausanne. Ciertamente es que a ello no sólo inclinan las circunstancias de todo orden que hacen de la ciudad suiza un lugar adecuado para esta clase de reuniones, sino, muy principalmente, que cuenta con el palacio de Beaulieu, seguramente el mayor y mejor acondicionado edificio de Europa para la celebración de Congresos, y el único capaz de dar acogida a un número tan crecido de participantes.

Pues, efectivamente, lo primero que hay que destacar es esta numerosa concurrencia, siempre en aumento, desde el primer Congreso, hasta alcanzar, en el recientemente celebrado, la cifra de más de 2,700 participantes, y aun esto, porque se trataba de un máximo de capacidad de las instalaciones del palacio de Beaulieu, lo cual obligó a declinar la inscripción de algunos centenares de congresistas más, entre los cuales figuraban algunos de los asistentes a anteriores Congresos.

Merece, igualmente, subrayarse la circunstancia de que más de la mitad de los asistentes no rebasaban la edad de treinta años, acudiendo muchos de ellos desde lugares apartados, con verdadero sacrificio económico y viajando por la noche para hacer compatible su asistencia con un mínimo de ausencia a sus trabajos o estudios habituales.

Junto a ellos se alineaban destacadas personalidades de la vida intelectual y social, de veintidós países: España, Francia, Bélgica, Países Bajos, Alemania, Austria, Suiza, Italia, Polonia, Yugoslavia, Lichtenstein, Portugal, Gran Bretaña, Irlanda, Marruecos, Argelia, Argentina, Méjico, Vietnam, Camerún, Canadá y U. S. A.

La organización del Congreso reveló en su perfección una experiencia que

es el fruto de muchos trabajos anteriores y abarcó, principalmente, los siguientes ramos:

a) La instalación de una vastísima capilla, capaz de albergar a los congresistas y sus familias, exigiendo un espacio posible en el ámbito del palacio de Beaulieu. Un nutrido grupo de sacerdotes y religiosos aseguró la asistencia espiritual de la enorme concurrencia y la celebración de los cultos, principalmente de la Misa matutina, particularmente solemne la del último día, y del Santo Rosario y Bendición con el Santísimo Sacramento, por la tarde; todo ello en un ambiente de unción, recogimiento y religiosidad difícil de describir y con participación casi unánime en la Sagrada Eucaristía.

b) Los actos que constitúan la secuencia de discursos e intervenciones correspondientes al tema central del Congreso: «El sentido cristiano de la Historia». Nos ocuparemos de ellos después, con mayor detenimiento.

c) Los *forum* monográficos, sobre temas tan diversos e interesantes como «Padres y maestros ante los problemas de la enseñanza», «Ciencias exactas y Orden natural», «Cuadros de empresa y sindicalismo», «Cultura y lecturas juveniles», «Dirigentes y cuadros de la vida económica», «Acción familiar», «Comunidades locales y ordenación del territorio», «Infancia inadaptada», «Sindicalismo libre, según el Derecho natural y cristiano», etc. Estos *forum*, dirigidos por ponentes expertos y conocedores de la materia, a la par que expositores de ella en síntesis apretadas, dieron lugar a debates cuya profundidad e interés son imposibles de recoger en estas líneas.

d) Los *stands* dedicados a numerosas organizaciones, actividades, objetivos o publicaciones de interés para los congresistas. Allí se acogía a éstos, se organizaban pequeñas reuniones, se suministraban informaciones, impresos, etc., en un trabajo permanente e inmediato.

e) Los encuentros y enlaces entre personas que, por estar interesados en temas de interés común, suscitaban núcleos de estudio o de actuación de diverso orden.

f) El servicio de restaurante, en sus diversas modalidades, que funcionaban en el propio palacio de Beaulieu con capacidad para atender, en un tiempo reducido, a tantos comensales. E, igualmente, la organización de los alojamientos en la ciudad.

En todos estos aspectos la organización del Congreso mostró su eficacia en una atención constante al conjunto y al detalle.

* * *

Como queda dicho, el tema central del Congreso fue «El sentido cristiano de la Historia».

Su planteamiento e introducción estuvieron a cargo de Jean Madiran, di-

rector de la revista *Itinéraires* y autor de numerosos estudios de carácter filosófico, histórico o sociológico. Centró el tema en la mixtificación producida en lo que se suele llamar «sentido de la Historia», el cual pasó de ser la enseñanza de la propia Historia, a constituir una aventurada predicción de lo que no sólo no es Historia aún, sino que ni siquiera se sabe si llegará a serlo. En nombre de ese supuesto «sentido de la Historia» se pretende influir totalitariamente sobre las mentes, para hacerlas marchar en una dirección determinada, por lo que se advierte que la realidad es que más que «sentido de la Historia», se busca que ésta marche con un sentido y por unos cauces preconcebidos y dialécticos (en el sentido marxista).

Para Madiran, si honradamente se quiere buscar el sentido, el verdadero sentido de la Historia, hay que adentrarse humildemente en su estudio y análisis. Y si tal se hace, un hecho destaca e ilumina el panorama: que frente a la caducidad de hombres, de ideologías, de sistemas, de instituciones, que se suceden unos a otros sin cesar, hay una institución permanente, la Iglesia, en cuya realidad, en cuya enseñanza, se puede encontrar un verdadero sentido a la Historia.

Concluyó en una brillante síntesis en la que recogió los argumentos usuales de pesimismo frente al futuro y su falta de consistencia filosófica e histórica; mientras que la razón descubre constantemente perspectivas para la esperanza.

El profesor belga Absil desarrolló el tema «Evolución e Historia». La tesis evolucionista no se ve apoyada por ninguna prueba científica y, como dice el profesor Rouvière, «cuanto se sabe de la evolución es un argumento contra ella». Los evolucionistas no reciben lo real tal cual es, sino que parten de apriorismos, para pretender hacer entrar a la realidad en los cuadros que se decreta deben albergarla. Con razón Bonnoure denunció el «dogma evolucionista», fundamento de una nueva religión. La realidad se sustituye por la fantasmagoría. La segunda parte de su disertación estuvo dedicada a exponer las ideas históricas del evolucionismo, en las que se refleja igualmente su falta de base científica y su sustitución por vagas construcciones del futuro sobre una marcha hacia la felicidad y la paz universales.

Jean Beaucoudray, sindicalista experimentado, habló sobre «Sindicalismo de ayer, sindicalismo de hoy». No fue el auge industrial, sino el liberalismo, quien empujó a los obreros a la violencia y al socialismo, al arrancarles el derecho fundamental de asociarse (ley Le Chapelier, de 1791). Marx no tuvo que añadir sino la justificación teórica del proceso. Hoy, superada la fase de lucha por derechos elementales, el riesgo es el totalitarismo. Ello debe llevar a reforzar los cuerpos intermedios, por la participación activa de cada uno. Es un deber sindicarse. Es un deber hacerlo según las exigencias del Derecho natural y cristiano.

Buen conocedor de la ideología materialista de ciertos economistas contemporáneos, el profesor Giverdon estudió las enseñanzas del Derecho natural y cristiano de todos los tiempos, en el campo económico.

El almirante Auphan, cuyo historial en las dos guerras mundiales es tan conocido como sus numerosas publicaciones, expuso el tema «Un signo de los tiempos: la Historia de Occidente». A pesar de los siete cismas orientales de los siglos IV al IX, a pesar de la «mentalidad postconciliar» de entonces (*nihil novum sub sole*), a pesar de la guerra de los cien años que desgarraba los reinos cristianos, a pesar de los musulmanes, el Papado «sobrenadó en este naufragio», sin duda porque la promesa del Evangelio se tradujo en hechos por la fundación del Estado Pontificio debida a los francos. Luego vino el desgarramiento de la reforma, que paralizó el papel de árbitro del poder espiritual y dio a las guerras siguientes una coloración ideológica. Los territorios germánicos quedaron asolados por la guerra de los treinta años, que redujo su población a un tercio. Con el galicanismo, el jansenismo, el filosofismo, la masonería y el democratismo a lo anglosajón, Francia puso casi siempre «oídos sordos» a los decretos pontificios que siguieron al Concilio de Trento. Así se llegó a la revolución. Antes de 1789 ocurrieron revueltas y cambios violentos de personal dirigente, pero no subversión del orden establecido, que reposaba sobre el reconocimiento público de Dios. «La Revolución francesa no fue la sustitución de un régimen monárquico por otro democrático, sino el rechazo sistemático de toda referencia a Dios en la organización de la sociedad.»

«Antes de la Revolución, la sociedad estaba, en general, ordenada al fin humano. Después de ella, una vez rechazado Dios, sólo tiende al progreso material indefinido. Mas lo que subsiste en los diversos países de Occidente de adhesión más o menos consciente a los valores cristianos y a la ley natural, resiste, aquí y allá, a la violencia de la corriente. A escala planetaria hay una lucha entre la civilización y la Revolución.»

Michel de Penfentenyo habló de «Nuestras familias, mañana...» P planteó el tema desde las transformaciones que se producen en las diversas comunidades educativas. En nombre de la «evolución del mundo», una «nueva pastoral» revoluciona las ideas, las costumbres y las instituciones familiares: coeducación, socialización del Estado y de los movimientos de la juventud, «honorabilización» de la «píldora» y del erotismo, del divorcio, hasta de la homosexualidad; negación de la Patria; exaltación del socialismo revolucionario...

Frente a ello se preguntó qué deben, qué pueden hacer los padres:

1.º Rectificar las concepciones oportunistas de la docilidad hacia los clérigos: Santa Juana de Arco nos presenta un modelo de docilidad a la Iglesia y de oposición a las imposturas clericales.

2.º La familia no es sólo célula primaria de la ciudad sino de alguna manera «iglesia doméstica» (Concilio Vaticano II). Sacerdocio de los jefes de familia hacia sus hijos (S. S. Paulo VI).

3.º Testimonios de la Historia: el arrianismo, la revolución (Vendée, Congregaciones de Lyon), las persecuciones comunistas.

4.º En el orden práctico, hogares de amistades familiares, redes de ayuda mutua para suplir a la carencia o a la docilidad de ciertas instituciones. Sus funciones: formación, información, coordinación, intervención en dondequiera que las familias tienen un interés común de orden educativo (colegios, *scoutismo*, barrio, grupos culturales, parroquia).

Marcel Clement, redactor jefe de *L'Homme nouveau*, trató del sugestivo tema: «El Concilio Vaticano II y el sentido de la Historia». Evocó la naturaleza profunda del sentido de la Historia, que se confunde con el desenvolvimiento del Derecho natural y el crecimiento del Cuerpo Místico de Cristo, y señaló, frente a ello, las desviaciones ideológicas que desde hace siglos rivalizan para desviar el sentido de la Historia: laicismo, racionalismo, naturalismo, liberalismo, socialismo, comunismo, etc.

Una primera parte estuvo consagrada a mostrar el sentido providencial del Vaticano II. A la hora de la infidelidad de las naciones cristianas, que permite la expansión del laicismo en todos los continentes, era necesario que la Iglesia llamara a todos los cristianos a la conciencia de su vocación a la santidad, que los convocara a una renovación profunda de las exigencias de la vida sobrenatural, que les recordase, en fin —y tal es el sentido profundo del diálogo con el mundo— que deben confesar el nombre de Jesucristo ante los hombres y llevarles el mensaje de la Salvación.

La segunda parte evocó lo que Clément llama «para-concilio», es decir, una interpretación falseada del Vaticano II, que Paulo VI rechazó con vigor y precisión en numerosos discursos. Una línea neo-modernista presenta el concilio como un punto de partida para una evolución del Dogma: «desmitificación», «desacralización». Asistimos actualmente a la acción de grupos de presión sociológicos que atacan la Virginidad de María, la presencia real en la Eucaristía, etc. Por otra parte, el neo-progresismo se dedica a destruir las instituciones que disponen a la Salvación: escuelas católicas, asociaciones profesionales católicas, etc.

En la tercera parte explicó que las nieblas del «paraconcilio» están en camino de disiparse. Se va tomando conciencia de los errores y ello es el principio de la verdadera realización del Concilio. Este no puede ser sino una intervención del Espíritu Santo para impulsar a la Humanidad en el verdadero sentido de la Historia. El Señor formuló así la victoria: «No temáis, pues yo vencí al mundo.»

François Gousseau habló de «Combates cívicos en la Historia moderna».

Mientras que el mundo fue enriquecido por las obras espirituales nacidas del Concilio de Trento, el laicado cristiano estaba ausente del campo cívico, abandonado a las ideas «modernas». Examinó lo que en este sentido se hizo desde la Revolución, sus éxitos, dificultades y fracasos.

Pierre Virión desarrolló el tema «Juana de Arco en el sentido de la Historia». Hizo una sugestiva exposición, centrada en tres momentos: Orleáns, donde Juana va en el sentido de la Historia querido por Dios, al salvar a Francia de una amenaza europea antirromana; Reims, donde hace de Carlos VII el lugarteniente de Cristo Rey, cuya Soberanía se reconoce solemnemente; Rouen, donde el martirio abre paso a una luz que hace acabar a Carlos VII con el «conciliarismo» de entonces (Constanza y Basilea).

Por no alargar esta reseña, se prescinde de entrar en el detalle de las intervenciones magistrales de Michel Creuzet «¿Va a desaparecer la libertad de enseñanza en nombre de la Historia» y del suizo Raoul Pignat, sobre sentido marxista y sentido cristiano de la Historia.

Cerró el Congreso Jean Ousset, presidente de la Oficina Internacional, con el tema «La Historia educativa del sentido cristiano». Su disertación, tan brillante como realista, fue el adecuado colofón a las anteriores. Para Ousset, el sentido cristiano se halla en una doctrina constante de Cristo y de su Iglesia y en la constante también transmutación de ella no sólo en la vida de cada cristiano en particular, sino en la vida social, que ha de ser informada, inspirada por aquella doctrina. Presentó los ejemplos necesarios para que en ellos podamos advertir las posibilidades que existen en todo momento, aun en los en que mayor apariencia de dificultades puede hallarse para el alcance de esos objetivos. Y sacó conclusiones prácticas, de aplicación inmediata para la realidad actual, a base de ese sentido cristiano de la Historia.

* * *

Es difícil resumir un acontecimiento de tanto contenido doctrinal como resonancia. Si hubiéramos de destacar alguna nota, de las muchas que el Congreso reunió, podrían elegirse, quizá, dos bien significativas.

Por una parte, la pureza doctrinal que en todo momento, y sin fallo alguno, campeó en el Congreso. Si se destaca esta nota es por lo desacostumbrada que resulta en el diario obsequio de los principios al pragma. Las obras reunidas en el Congreso saben muy bien que ningún resultado práctico, por brillante que sea, puede compensar una concesión en menoscabo de la doctrina. Si la política es «el arte de hacer posible lo que es necesario», bien se comprende la importancia que esa integridad doctrinal tiene en una formación cívica que aspire a hacer realidad lo que es más esencialmente necesario por pertenecer al fondo mismo de ese sentido cristiano.

Por otro lado, la prudencia, entendida, por supuesto, no en la significación peyorativa que se atribuye a actitudes poco arrojadas, sino en el auténtico sentido platónico agustiniano. Es tan fácil que la actitud polémica arrastre a excesos, siquiera sean verbales, que resalta más la absoluta carencia de ellos en una manifestación de esta índole. Los oradores y ponentes supieron en todo momento prescindir de estridencias de cualquier tipo, para centrarse a una exposición positiva, constructiva, de la doctrina y de las realidades históricas. Y en los coloquios de los *forum* y reuniones menores se observó igual norma de un modo natural y espontáneo.

Su eminencia el cardenal Ottaviani dirigió a los congresistas un expresivo mensaje en el que les enviaba su aliento, su adhesión y su bendición. Señala que nada puede ajustarse mejor a la llamada del segundo Concilio del Vaticano, en su decreto sobre el apostolado de los laicos, que este trabajo dirigido a «animar y perfeccionar el orden temporal por el espíritu evangélico». Señala «la fidelidad a la enseñanza de la Iglesia» como cuidado primordial de la Oficina Internacional. «Dócilmente recogéis la palabra de los Pontífices romanos de tal modo que vuestras publicaciones, tan ricas de doctrina, se acreditan como un eco fiel de las enseñanzas de la Santa Sede. Guiados por vuestra fe, afirmáis a la vez la influencia determinante de la libertad humana sobre la sucesión de los acontecimientos y el soberano dominio de Dios sobre el desarrollo de toda la Historia.»

Cantadas, en impresionante coro, por los congresistas las Vísperas del domingo de Ramos, ponían, con su solemnidad litúrgica, el adecuado broche al Congreso. Quizá nada mejor para resumirlo que aquellos versículos del salmo 110, que en ellas se cantan: «Magna opera Domini: exquisita in omnes voluntates ejus. Confessio et magnificentia opus eius, et justitia eius manet in saeculum saeculi.»

FLORENCIO VALENCIANO

